

CARLOS RUBIO, POETA

CORDOBA, 21 ABRIL 1932

DEDICATORIA

Si en este trabajo hay algo de algún valor, lo ofrendo, íntegramente, a Emilio Miranda. Con su entusiasmo desinteresado, con su arrebatado vigoroso, con la ironía de su lengua y con el eco risueño de su voz, alentó la celebración de esta fiesta, en la que el nombre de un periodista, ya habéis visto de qué altura, es el ilustre guión. Para Carlos Rubio, todo le parecía poco a Emilio Miranda; hubiera querido la estatua, la edición de sus obras, y la presencia aquí, en esta noche de homenaje, de don José Sánchez Guerra, como Director que fué del último periódico en que trabajó Rubio, y de don Alejandro Lerroux, como Presidente actual de la Asociación de la Prensa Española. ¿Se debía todo este entusiasmo a los muchos puntos de contacto que existieron entre ambos? Miranda paseó por la vida—lo mismo que Carlos Rubio—, un desprecio absoluto para todo cuanto nos preocupa, en general, a las gentes; pero al lado de esa despreocupación, ¡hay que reconocerlo! todos sabéis el gran tesoro de bondad que encerraba su alma buriona y desenfadada. Mirad como retrataba el glorioso don Benito a Carlos Rubio en *Prim*, una de esas gloriosas novelas de la serie de «Episodios Nacionales...»: «tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que pueda imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ocha-vo moruno, si él lo pidiera. Así como otros pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más

que su extremada modestía. ¿Y qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergenio de mendicidad? ¡Pobre Carlos Rubio! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de la Patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de deshecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su miseria como en una toga, era digno, altanero, incorruptible». (página 159).

Si os fijáis en el alma de este retrato y en el recuerdo que seguramente guardáis del pobre periodista recientemente fallecido, vereis cómo son muchos los puntos de contacto que existen entre ellos y con cuánta razón el llorado amigo defendía con cariño y con calor fuertes y decididos el que nuestro homenaje de hoy tuviese la máxima brillantez. Porque en este día falta el calor de su entusiasmo; porque no ha podido llegar a ver realizada la que fué idea suya, insistentemente acariciada, porque se echa de menos su mirada amable y su risa burlona, he querido comenzar mi intervención de hoy con su nombre, haciendo constar públicamente que mi labor en este homenaje, se debe, en principio, a la fuerza de su exhortación.

Por lo demás, señoras y señores, yo recibo hoy, con alborozada alegría, una gran satisfacción; yo soy muy amigo de los humildes; y quiero además, mucho a mi tierra. Yo, en mis conversaciones particulares, hablo con frecuencia del abandono en que solemos dejar lo nuestro, atraídos por el brillo de lo extraño que nos suele engañar con el espejuelo de la novedad; yo se bien cómo en nuestra patria, y a través de los siglos, hemos tenido casi siempre el mismo desprecio por las cosas de nuestra casa, mientras que nos hemos deshecho en elogios cuando ha llegado a nuestras manos algo que venía autorizado con el marchamo de algún puerto aduanero; yo he tropezado, en fin, ¡la terrible frecuencia conque el brazo dolorido recibe todos los golpes! con la amarga verdad contenida en la fábula de Iriarte, *El te y la salvia*; y por eso, cuando veo que alguna vez queremos rectificar, se me llena el alma de entusiasmo, y quisiera manifestar de una manera alharaquera y estrepitosa mi adhesión incondicional. Y así me adherí al proyecto de homenaje a Carlos Rubio. Este cordobés había pasado por la vida, dejando en ella girones de esperanzas y manchones de su sangre generosa, sin que detrás de unos o de otros, las gentes se hubieran preocupado

por poner ningún hito de agradecido recuerdo. Sólo el Ayuntamiento había cuidado de que su nombre no se olvidara, poniéndolo a la calle donde nació; y nada más. Mas no era Córdoba la que olvidaba; era el carácter español, la torpeza de siempre, que nos hacía ocupar la energía de nuestra admiración con lo de fuera, mientras abandonábamos lo nuestro a la triste pereza del tedio o al dolor inconsolable de la pena. Ni en ciencia, ni en arte, ni en modas, ni en virtud, ni en enseñanza, ni en juegos, ni en costumbres, ni en nada, el español no ha tenido nunca sino desprecio para lo autóctono, olvidando que lo nuestro, aunque sólo fuera por haber nacido bajo nuestro sol, y al impulso de nuestra raza, tiene, por muy defectuoso que parezca, una realidad mayor y una adecuación espiritual más alta y mucha mayor eficacia que todo lo extranjero. Pero contentémonos con estas leves lamentaciones, puesto que bien sé que todavía no ha llegado la hora de que nuestra rectificación sea plena, y aún no podemos llenar nuestros días con el glorioso trabajo de ir formando nuestro espíritu, el alma colectiva de nuestro pueblo, con la esencia pura de nuestro sol; que nuestra tierra da ubérrimo fruto en cuanto se la trabaja con cariño y con fe.

Debajo del espíritu inquieto y fuertemente dinámico de Carlos Rubio, que le hacía acudir a la política y a la libertad de su patria con denodado arrojo, se escondía un alma eminentemente poética. Por no haberse dedicado exclusivamente a hacer versos, ha podido creerse que su inclusión en el glorioso y rico Parnaso español era algo artificioso y arbitrario. Y tal vez no se le ha dedicado nunca la atención que realmente merece a causa del criterio estrecho, neo-clásico que durante mucho tiempo se ha venido dando a la definición de la poesía, a la que torpemente se la ha supuesto ligada a la forma de escribir; y, en general, a todas las reglas que nos enseña la métrica más anticuada y de limitado impulso, a pesar del decantado romanticismo, que, valga la verdad no consiguió desterrar del todo el espíritu cuadrícula-do que nos llegaba del otro lado de los Pirineos.

Carlos Rubio sintió dentro de su alma, en todos los instantes de su vida, el ardoroso impulso que guía la mano del poeta; en todo momento oyó la voz de la musa, que acertó a dictarle generosos acentos; en toda ocasión supo cómo, al llegar la inspiración, el hombre pierde su materia y en éxtasis divino, la voz del amor puro y único dicta los requeridos acentos, ya dolorosos, y entonces, al desgarrar el alma, se llevan los tristes

sollozos dejando un íntimo y dulce consuelo, ya placenteros, y es cuando el alma goza de los pocos momentos de felicidad que, a los mortales nos es dado disfrutar en esta vida. Carlos Rubio sintió todo esto; pero jamás se preocupó por que las gentes supieran si él lo sentía o no; tuvo bastante con ir poniendo en sus escritos lo que de su alma iba sacando, convencido de que la voz de los demás, en alabanza de sus obras, no hubiera servido más que de acicate para que la gente que ofrenda su dinero en el altar de la belleza indiferente comprara su obra, que no era, en verdad, el objeto que él se propuso al escribiría. Aquel amor a la libertad que habeis visto alabado por don Benito Pérez Galdós, y que vosotros podreis comprobar enseguida que tomeis sus obras en vuestras manos, era gemelo del generoso desprendimiento que guiaba todos sus actos; de esa liberal despreocupación por las cosas materiales tan característica de quienes se acercan alguna vez a la alta región donde vive el verdadero ideal, desprovisto de la torpe adulación de la materia. Pero Carlos Rubio no se ocupó jamás en esto, y dejó su obra dispersa; es quizá algo culpable de que todavía no se le haya podido dedicar una mirada de conjunto, aunque esta mirada sea la de nuestra casa, la de nuestra Academia, humilde, pero fervorosa; porque en nuestra casa, tenemos que decirlo, si hemos empezado a trabajar por que lo nuestro pueda sentir la caricia amante de la madre, aun a sabiendas de que tropezamos con el invencible obstáculo de la indiferencia unas veces, o el más invencible todavía, sobre todo para nosotros que en el amor de nuestra tierra ciframos nuestro orgullo, del desvío de las gentes que nos podrían ayudar, y que no nos ven, enturbiados sus ojos por el humo de la adulación, que los menesterosos quemar incansables, y entretenida su risa por el halago de la baja pasión satisfecha.

La Academia trabaja desde hace algún tiempo en que su casa contenga una completa Biblioteca cordobesa, y a pesar de sus esfuerzos no ha conseguido reunir las obras de este escritor insigne y no ciertamente por el valor que en el mercado puedan tener sus obras, pues por haberse editado en épocas en que la vida era barata, no tienen elevado precio, sino porque el olvido y la indiferencia los fué destruyendo o escondiendo.

Y sin embargo, se trata de un gran poeta. Es verdad que por el azar de su vida tal vez no pudo ocupar su tiempo en la labor de corrección, tan necesaria siempre; pero através de sus versos, poco limados, aparece con gran frecuencia el acierto indiscutible,

la metáfora encendida de entusiasmo, el grito henchido de inspiración.

Intentaré demostrar estas afirmaciones, haciendo un rápido recorrido por los poemas que he podido consultar; como me quedan por leer otros muchos, de los que tengo nota bibliográfica; este estudio ha de tenerse como provisional, y fácilmente modificable. Pero con estos pocos poemas es bastante para que, sino sacais el pleno convencimiento de que Carlos Rubio es una gloria del Parnaso cordobés, debéis culpar a mi impericia y a mi desacierto.

Las obras consultadas por mí han sido las siguientes:

1.^a «Al Excelentísimo Sr. D. Evaristo San Miguel». Está firmada con el seudónimo *Pablo Gándara*, y publicada en *Semanario Pintoresco*, de 1854, pág. 272.

2.^a «A la Serenísima Infanta Doña María Luisa.» Firmada también por Pablo Gándara y en *Semanario Pintoresco*, 1854, página 376.

3.^a «A Alemania.» En el *Semanario Pintoresco*, 1855, página 311.

4.^a *A unas aves.*

5.^a *Del mal el menos.* Ambas están incluidas en el tomo dedicado a *Poetas contemporáneos*, por la Biblioteca Universal, Madrid, 1922. Tomo 62, páginas 68-75.

6.^a *Napoleón.* Poema épico, inserto en la Revista *Eco de los folletines*. Madrid, 1854. Tomo I, 17 páginas. (La paginación en esta Revista comienza con cada obra).

Los tres poemitas insertos en el *Semanario Pintoresco*, están hechos de encargo o tienen las características de tales, y por eso no es de extrañar que adolezcan de falta de inspiración; claro es, que como pasa a todos los poetas que de verdad lo son, encuentra acentos, aún en estos temas no llegados a su alma por el cauce normal de la poesía, dignos de encomio. Así, por ejemplo, en el primero tiene este verso de acentuado realismo y clara observación:

Y aún el llanto en los párpados suspenso...

En el segundo aparece el amor a su tierra con acabado trozo,

Que ningún trono vale
lo que una sola lágrima del llanto
de gratitud que a vuestras plantas vierte
el pueblo de mi amada Andalucía.

esta nota de amor a su tierra, que tanto repetirá siempre con

reiterada complacencia, por estar dictada por una emoción sincera, tiene una forma definitiva y firme, a pesar de que el poeta no ha hecho uso de alambicadas palabras ni alarde de retorcido estilo. En el poema dedicado a Alemania, el romance corre con soltura, y esto es lo único personal de él, y ya sabemos que característica cordobesa, pues ligeramente, para alabar al pueblo alemán, al que de verdad admira, ha dicho algo que no siente: que quería irse a vivir allí.

Tampoco puede juzgarse todavía de la poesía de Rubio, leyendo el poemita titulado *Del mal, el menos*. Pero está escrito bajo una segura influencia: la del excepticismo de su época, que luego ha de dictar la casi totalidad de sus obras al poeta catalán Joaquín María Bartrina. Sin duda, éste tuvo muy en cuenta, al escribir sus poemas de dolor e indiferencia, este desenfado de nuestro paisano, que habla en este poemita del mundo con estudiado hastío, de las torpezas de los hombres con desprecio, y de la razón con asco y desesperanza.

DEL MAL, EL MENOS

- Pasó Dios una tarde por el mundo
y dijo al hombre: Pideme una gracia.
—Señor—respondió el hombre—, hacedme cuerdo;
y Dios repuso: —Lo serás mañana.
- 5 Aquella noche se alejó del mundo
la *locura* cual reina destronada
y la razón las riendas del gobierno
asió con mano amarillenta y fiaca.
Más ¡ay! con la locura se fugaron
- 10 las modas, las costumbres, la esperanza,
la fe, el orgullo, y el amor y el odio...
toda... ¡enterita la comedia humanal
Volvió Dios a pasar a la otra tarde,
y al verle sublevose nuestra raza.
- 15 —¿Qué quieres, ruin familia?—dijo entonces
Dios cruzando los brazos.—¿Qué te falta?
Y de un extremo a otro de la tierra
todos los hombres a una voz exclaman;
—¡Ah Señor... la razón nos asesina...
- 20 ¡vuélvanos locos tu divina gracia!

En donde sí aparece Carlos Rubio con vigor ya, es en la composición titulada *A unas aves*. En este poema, el autor, como ya había hecho Espronceda, se la lamenta de hallarse lejos de la patria, a donde le ha conducido la lucha por la libertad. Con

este motido encuentra ocasión para alabar a Inglaterra, y para recordar a España y todo lo que en ella le atrae, sin dejar ni un momento de ensalzar la libertad, de que España, desgraciadamente carece.

Comienza recordando dulcemente a la querida patria,

- 1 Aves que vais hacia la patria mía
como van mis suspiros lastimeros:
¡llevadla el beso que mi amor la envía!

y enseguida, alaba Inglaterra, que le ha recibido

- 10 De aquei dios del trabajo eres la esposa
que los monstruos unció de mar y tierra
a su regia carroza victoriosa.

y que sabe respetar las ideas de todos, por lo cual merece que se la quiera como si fuera uno de allí

- 26 porque es la libertad la patria santa
de todo corazón y de toda mente.

y, como para excusarse, dice luego, con delicado tono:

- 28 mas no extrañes que anude mi garganta
recordando otro pueblo y otra historia
el dolor que mi espíritu quebranta:
que hasta elevado a la celeste gloria
conserva acaso el niño venturoso
de su pérdida madre la memoria.

Son entonces los acentos más viriles que nunca, y yo no dudo en afirmar que, para mí, este trozo—sólo este trozo—es muy superior al que con el mismo asunto dedica Espronceda en su *Ele-gía*. Los recuerdos de la patria son aquí de una vehemencia y de un ardor, verdaderamente ejemplares.

- 39 ¡Oh canciones del pueblo peregrinas
engalanadas con aquel idioma
que como el Tajo aurífero y abundo
cual flor de almendro de melífero aroma
compite siempre con el mar profundo,
ya cuando ruge como hambrienta fiera
45 y espanta y mueve y ensordece al mundo
y ya cuando en la alegre primavera
de amor suspira al declinar el día
besando cariñoso la riberal
¡Oh humilde albergue en que la infancia mía
50 junto a mi cuna con amor sentada
mi madre el libro santo me leía
y apoyando ambas manos en la espada

recordaba mi padre fatigado
las mil batallas en que fué mellada!

y aún encuentra ocasión para justificar, como ahora se suele hacer por los últimos tratadistas de los problemas sociales, esa actitud suya expectante, tan necesaria en toda República bien ordenada: la suave serenidad de los poetas de reminiscencia goethiana.

- 67 Que si el poeta las estrellas mira
mientras los otros reman, y se aleja
buscando flores cuyo aliento aspira
70 mientras los otros mueven trillo y reja,
es que está destinado a ser piloto
y a sacar miel de flores cual la abeja.

Pero él no puede volver a su patria; la dura opresión a que está sometida la libertad, le impide ni aun desearlo; le basta con la memoria que de ella tiene, que ya es bastante, para quien sabe querer de la manera que él.

- 93 ¡Volver a España que reposa inerte,
yo que llamé a su puerta con mi lira
y después con el puño de mi acero
y no he logrado despertar su ira!
.....
100 ¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que, despierta
por doquiera que voy, viene conmigo.

Hace después una tétrica descripción de España, sometida a la vez a la tiranía de la Inquisición, al ciego y duro despotismo de los monarcas y a la crueldad de las gentes, todos al mismo tiempo cegados por el furor de una falsa religión, que ha encendido los pechos incultos de los españoles.

La personificación tiene rasgos de calenturienta emoción:

- 130 Con hipócritas muestras de flaqueza
postrá en la dura tierra una rodilla
y besa el crucifijo, y llora y reza;
y así acallada su conciencia, brilla
la soberbia satánica en sus ojos.

por todo esto él no quiere volver a su patria, y la impreca, diciéndole que sus hijos sabrán cumplir el juramento de no aparecer por ella, sino cuando puedan entrar ondeando el pendón de la libertad. Y de nuevo, al acordarse de la posibilidad de ver otra vez su casa, gime con delicada dulzura:

151 Aves que vais hacia la patria mía
 como van mis suspiros doloridos:
 llevadla el beso que mi amor le envía.
 Mas no colguéis en ella vuestros nidos,
 ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes,
 ni os poseis en sus árboles floridos (1).

Y con ésto llegamos al más importante de los poemas que conozco de nuestro poeta, el que tiene por título *Napoleón*, y en el cual, cuando está recibiendo las primeras caricias de la juventud, prueba sus fuerzas, llenas de vigor, que le hubieran conducido a uno de los primeros lugares del Parnaso español, si la vida no le hubiere distraído con su crueldad.

Ya dice él mismo en el prólogo con que lo encabeza algo de lo que piensa de su obra:

«Este poema es una cosa rara, muy rara; al escribirle no he seguido el camino trazado por nadie; hasta he inventado un génesis para no usar los ya inventados. ¿He acertado? ¿Me he perdido? A estas preguntas tú eres quien ha de responder. Alguien habrá que no me entienda, aunque he procurado ser bien claro, y apelará a la historia para censurar mi alegoría; yo debo únicamente advertirle que he escrito este poema como todos los demás, para aquellos que creen que un libro no tiene más objeto que hacer pensar».

Es un poema dividido en cuatro cantos, y su asunto es el siguiente:

Canto 1.º Por un camino montañoso, junto al mar, baja un caballero, un soldado francés, a todo el correr de su caballo.— Francia, que estuvo vilmente sujeta a los tiranos, ha conseguido al fin que el pueblo

144. por cetro el hacha en la nervuda mano...

se redima, dando vida a la Revolución de 1789, que, mal dirigida al fin, volvió la mano contra sí misma; por ello quedó Francia debilitada y expuesta a la codicia de las gentes; que no la destruirán porque sus hijos tienen buenos elementos en su sangre para defenderse.

El soldado francés, que es Napoleón, se dirige a la tumba de una niña, en Córcega, para despedirse de ella y

295 y luego al rudo combate
 de la vida volverá.

(1) Es un poema en el que el dolor de la ausencia es lo único que informa; y la ausencia adquiere aquí los más acabados rasgos de verdad y de espíritu poéticos.

y junto a la tumba, canta una plegaria, imaginando unos genios que habitan nuestro mundo y con los cuales no podemos comunicarnos porque nos faltan sentidos; es una concepción atrevida donde aparecen otros habitantes del mundo, de más pura materia que la nuestra, que tal vez viven hasta dentro de nosotros; acaso haya pensado el poeta que el espíritu giró antes de manera análoga a como giró la materia, como formando nebulosas, y luego se fué reuniendo, por procedimiento análogo al de la materia. Una variante ó extensión de la teoría de Laplace. Esos seres vienen a ser los genios o ángeles que acompañan al hombre siempre, entre los cuales, naturalmente, el más bello, es el de los poetas. A la despedida de Napoleón responde la sombra de la niña; que pronostica a su amante grandes triunfos en la vida y le dice que ella siempre le esperará, porque él, hijo del pueblo, vencerá. Napoleón, sollozando, se aleja, a través de la tempestad. Véase, como muestra, esta bellísima canción inserta en la Plegaria:

379 Brilla tranquila la luna
en el limpio azul del cielo
y argenta su luz de hielo
el cristal de la laguna.

Un viajero que la mira
ve reflejado en su undoso
385 cristal un angel hermoso
que a los cielos se retira.

Le cree la ninfa bella
del agua y con la esperanza
de desposarla, se lanza
390 a la laguna tras ella.

Y al hundirse y al volver
los ojos al firmamento
ve al angel con vuelo lento
hacia su patria ascender.

IV

395 ¡Ay! El mar del dolor era el espejo
que pintaba tu imagen, angel mío;
mi locura abrazar quiso el reflejo,
y encontró un desengaño ya tardío.

Subiste al cielo perfumando el viento:
400 Si te ofendí, perdona mis agravios...
Tuyo es, bien mío, mi postrer aliento,
desciende a recogerle de mis labios.



Canto 2.º París se regocija al recibir al tirano, Napoleón.

25 Más ¿Qué tirano no tuvo
un pueblo que le ensalzara
si la flaqueza del pueblo
de los tiranos es causa?

Dice que Napoleón lo venció todo, y tiene una curiosa adivinación

73de su historia
asombrados los siglos venideros
dudarán, presumiendo que Lutecia
la inventó, cual sus fábulas, la Grecia.

que, como se sabe, se ha llegado a realizar, con la publicación de ingeniosos libros en los que se habla de que Napoleón no existió, y hasta se adentran en unas alambicadas semejanzas filológicas para decir que el nombre es el del mismo Apolo, levemente modificado por la agregación de un artículo. Pero Napoleón, al fin, se olvida de todo, abandona al pueblo y se engríe; y, como es natural, la gente que le seguía ciegamente, comienza a abandonarle. Parece recoger en este fragmento la leyenda o historia que circula alrededor de la Tercera Sinfonía de Beethoven, en la que el músico inmortal cambió la Marcha Triunfal en Marcha Fúnebre, cuando se convenció de la insaciable ambición del gran Corso. Después, (versos 117 y siguientes) describe un lago infecto y lleno de horrores, falto de todo género de luz, en el cual vive un espíritu que en otro tiempo recorrió el mundo, dejando escrito con sangre el camino por donde había pasado; cierta tarde Napoleón bajaba por el declive de la montaña y se encontró con el antro terrible; la naturaleza, extrañamente despierta, parecía oponerse a que el jinete continuara el camino, desencadenando una imprevista tempestad; el caballo se encabritaba violentamente, queriendo mostrar con su instinto la locura de aquella temeridad; pero el caballero desprecia todos los augurios malos que se le oponen, y descabalgó, ata el caballo a una roca, y se adentra en la oscuridad; todavía el genio del lago quiere persuadirlo, y le dice que si atreve a entrar, quedará eternamente sujeto a él, que representa el orgullo, la ambición, la vanidad, la avaricia, la crueldad, etc., y todo llevado al sumo grado; pero ni aun esto es bastante a contener los designios de Napoleón que, imperturbable, avanza, y acepta todas las responsabilidades, quedando desde aquel momento en la tierra como encarnación del genio del mal.

Viene luego una larga descripción de la llegada de Napoleón a Roma y de su consagración por el Padre Santo. Todavía en estos momentos se ve aconsejado por dos sombras, una representante del genio del mal y otra del bien, que le suplican de diverso modo; el del bien, instándole a que deje de ofender a Dios con su inmoderada soberbia, que pretende hasta llegar a humillar al Papa; y el del mal, para que persevere en su vanidad, puesto que la merece, y se haga dueño absoluto de Francia. Napoleón sigue esta última sollicitación y entra en el Templo.

492 Solo triste
 ahogado entre los gritos de alegría
 se levantó un gemido:
 el del genio del pueblo dolorido
 que de la Francia para siempre huía.

También aprovecha la ocasión para cantar a la libertad, que asegura que al fin logrará vencer (vs. 109-116), y para quejarse de la poca humildad que la religión manifiesta en su culto externo (vs. 253-306).

Canto 3.º Napoleón ha sido vencido por Inglaterra y llevado a la isla de Santa Elena, en donde vive prisionero. Merece un silencioso respeto, y que no se turbe su tranquilidad para que pueda dedicarse a la meditación o al recuerdo de sus hazañas. Hay un delicado canto al mar, en el que el general pone sus recuerdos y sus pensamientos, y nuevamente, un brioso canto a la patria querida y otro a su padre, que guardan una relación evidente con los que ya hemos visto en el poema *A unas aves*; bellísima es ahora la admiración del hijo, que sabe el sacrificio paterno.

194 En la terrible noche en que velando
 tu sueño eterno al lado de tu lecho
 estuve las heridas contemplando
 que hermosaban tu valiente pecho...

Pero sobre todo, la sagrada emoción que siente al recordar a su España, a la que celebra sin reservas, porque al hablar ahora, nombra al pueblo; rica inspiración que encuentra los mejores acentos, paralela a la de los poetas que cantaron nuestra gesta de la guerra de la independencia, y que si ha permanecido olvidada, ha sido por la continúa lamentable rutina a que nos tiene acostumbrados la natural pereza nuestra, tan lamentable y tan encarrilada por los senderos del tópico estúpido. Y para que no se crea que un sentimiento ajeno al de la verdad,

que es el único que ahora y siempre me ha guiado, como puede observar lo cualquiera que conozca mi humilde actuación en la vida, os leeré estas estrofas:

118 Pero no sabe España ser esclava
y con lucha titánica en que acaso
su desesperación fuerza le daba
de su carro triunfal, detuvo el paso.

¡Gloria a mi patria! ¡Ufánense sus hijos!
Ser de España es un título de gloria,
a pesar de los crímenes prolijos
125 con que después oscureció su historia.

Pobre, inerme, cautivo entre cadenas,
por su cobarde Rey abandonada,
agotada la sangre de sus venas,
de orín cubierta su guerrera espada,

130 se alzó como león a quien procura
astuto cazador atar dormido;
un esfuerzo... rompió su ligadura,
y agitando la crín, lanzó un rugido

que los pasmados ecos repitieron
135 del uno al otro mar. Guerrera toma
la espada que sus padres se cifieron
cuando lucharon con Cartago y Roma.

Aíza el pendón que levantó Pelayo
en las rocas de Asturias, y el coloso
140 va cual condor que provocando al rayo
dirige el vuelo al cielo tempestuoso.

Puede quizá morir, no ser vencida;
ni esclava puede ser de gente extraña,
mientras un español quede con vida
Napoleón no reinará en España.

Este es el resultado de una verdadera emoción; quizá algún verso se resienta ante los oídos de un purista; pero el fuego de la inspiración auténtica es el que informa todos esos momentos de gran entusiasmo.

Canto 4.º Este canto encierra la descripción de la tumba de Napoleón y del monarca que ha ido a recibir la herencia del Imperio francés. Junto a ello, unas ligeras consideraciones acerca de lo que es el mundo y a donde llevan las vanidades terrenas; una débil alegoría de la llegada de Napoleón a los campos de Warterioo, en donde convoca a su ejército, acudiendo las sombras de sus soldados, que le acompañan luego a recorrer

los escenarios de sus triunfos, y un nuevo canto a la libertad, tal vez el menos inspirado de cuantos le dicta su musa.

* * *

Para llevar a cabo la realización de esta obra, en la cual aparece clara la mano de un muchacho, ya se ha visto como el poeta ha contado con una buena materia prima: la de una inspiración fecunda y brillante, que está repleta de fértiles promesas.

Hay en la obra una gran variedad de metros, como corresponde a su tiempo, en el cual ha recibido completa sanción todo lo romántico; así es que en el poema se mezclan, con la misma libertad que lo haría Espronceda, los metros más diversos. Hay, pues, romances de siete sílabas, de ocho—de estos son los que más abundan—y de once o heroicos; estancias de un número indeterminado de versos, mezclados los de 7 sílabas con los de 11, con rima perfecta, pero dejando con frecuencia algunos versos sin rima; redondillas, serventesios,—y al usar por primera vez de éstos, hace una curiosa advertencia, que dice: «Esta estrofa es una imitación de las bellísimas *cántigas* de doña Carolina Coronado. En este estilo, el más audaz, no se atrevería a ser original, y hay hasta arrogancia en querer ser imitador de la poetisa»...—en la cual puede observarse la extremada galantería del autor; octavas reales; y además algunas estrofas que pudieran considerarse como nuevas, y que si tal vez no extrañan en el siglo XIX, por lo muy variable que es en todo, sí chocan en el conjunto de las formas usadas en el Parnaso español.

Tales son:

1.^a Variantes de la octavilla italiana; versos de 8 sílabas con esta rima: *abcd' fbgd'*. (Canto I, vs. 305-336). (1)

2.^a Estrofas de 12 versos; rima: *âbcbdfghîhjf'*. (Canto I, vs. 650-673). (2)

3.^a Estrofa de cinco versos. Rima: AbAAb. (Canto 1, vs. 460-484). La tercera de estas estrofas tiene esta rima: ABAAb.

4.^a Otras variantes de la octavilla italiana.

a).—*abbc' ddfc'*. (Canto IV, vs. 1-8).

b).—*abac' ddfc'*. (Canto IV, vs. 17-24).

(1) La letra acentuada con acento agudo, indica que el verso termina en palabra aguda.

(2) La letra marcada con acento circunflejo, indica que el verso termina en palabra esdrújula.

c).—abac' dff'c. (Canto IV, vs. 40-48 y 57-64).

d).—abac' dfd'c. (Canto IV, vs. 73-80 y 81-88).

5.^a Octavas de rima análogas a la octavilla italiana, pero con versos de 10 sílabas. (Canto IV, vs. 173-244). ABB'C' DEE'C'. Sólo presenta una variante; en los versos 237-244: ABAC' DEE'C'.

Pero en donde manifiesta en verdad su espíritu de gran poeta, es en multitud de rasgos líricos con que está esmaltado todo el poema. Los trazos llenos de vigor abundan en las descripciones

C. I, 5 y a lo lejos, ronco trueno
 como presa fiera ruge,
 y las seculares rocas
 su rugido reproducen...

y esta otra

C. II, v. 165 ... el alto firmamento
 como un toldo el nublado oscurecía,
 y en su seno, agitándose violento
 feto del rayo, el trueno ensordecía.

o ya difunde la paz tranquila

C. II, v. 141 Inmóviles las aguas pestilentes
 de verdoso color se espesa el cieno,
 ni reflejan el cielo transparentes
 ni el aura riza su tranquilo seno.

y más adelante

C. I, v. 124 y como yerta losa, de sus tumbas
 las majestuosas aguas las cubrieron.

En esta metáfora, parece descender, al hacer la comparación en lo material; pero nótese la elevación que alcanza al tratarse de lo espiritual

C. I, 25 En silencio amenazante
 mar y tierra, ondas y nubes
 se miran cual dos atletas
 antes que iracundos luchan...

La pincelada dura y fuerte, en la que se advierte la ira con que se ve obligado a escribir frases que fustigan a lo mismo que él, por su extraordinario amor a la libertad y al pueblo, ama tanto, aparece cuando compara, con aciertos de expresión, los momentos en que la naturaleza está en calma, con la calma de

los pueblos; y dice, que éstos a veces, se levantan contra un tirano y lo destruyen...

C. I, 37 mas torna luego la calma
nuevo tirano los unce
a su carro, y nuevamente
tornan a su servidumbre.

También a veces ellas sirven para descubrir los grandes hombres.

C. III, v. 53 Como las tempestades, de los mares
las plantas de su fondo al cielo llevan,
así las turbaciones populares
ignorados espíritus elevan.

La dulce emoción lírica, la siente como Bécquer en esta lamentación:

C. I, 75 Algún día tan lijera
cuál su corcel, a esa joven
ha de llevar la victoria
eternizando su nombre;
pero hoy, del mundo ignorado
80 perdido entre las legiones
de los soldados franceses
nadie su nombre conoce.
Hoy una bala perdida
puede romper en su choque
85 ese huevecillo de águila
que al sol subir se propone;
puede romper la simiente
del cedro que a las regiones
del rayo alzará su copa,
90 dando sombra a todo el orbe.
¡Cuántos como él alentaron
en sus fieros corazones
un alma, rayo divino,
que sería entre los hombres
95 como el brillante lucero
que al fin de la oscura noche
anuncia del nuevo día
los pálidos resplandores;
y un ignorado suceso
100 que en flor su existencia rompe
en tumba ignorada encierra
sus gigantes ambiciones!

o da muestras de desesperación cuando dice

C. II, 356 ¿Quién se atreve a creer junto a la fosa
de la mujer querida
que entera allí reposa?

y luego después,

C. II, 371 ¿Quién podrá amarte, como yo, en el cielo?

La luna le inspira bellas estrofas

C. I, 379 Brilla tranquila la luna
en el limpio azul del cielo
y argenta su luz de hielo
el cristal de la laguna.

y más adelante

C. IV, 97 derrama su luz de hielo
tranquila luna argentada
como lámpara colgada
de la bóveda del cielo...

y ¿quién no creerá que está leyendo una poesía de las llamadas de última hora cuando encuentra estas palabras referidas al ángel de los poetas

C. I, 573 ...rocío de melodía
que hasta las almas penetra...?

Estos son los elementos que Carlos Rubio, cuando apenas acababa de cumplir los 20 años, utilizaba para escribir sus versos. Estas son las razones que yo tengo para decir que al festejar hoy a Carlos Rubio, no hacemos sino rendirle una cuenta que Córdoba le debía; estos son los documentos que Córdoba presenta como testimonios de su afirmación rotunda: Carlos Rubio es un gran poeta que honra a su patria y por ello la Academia lo recibe como hijo predilecto. Y si acaso dudáis de estas afirmaciones, leed, leed, las obras, porque ellas seguramente os dirán lo que mi torpeza o impericia no ha acertado a decir.

HE DICHO:

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA.

